Suplemento Rotográfico
DE
LA TRIBUNA
DIARIO DE LA MAÑANA.
SAN JOSE. COSTA RICA

Crónicas Breves

WALL STREET

por Manuel Urruela

UNA callejuela estrecha, gris indiferente. Encajonada entre inmensos edificios que se elevan a pique, ocultando de la vista del transeunte el cielo, donde pasan a manera de nubes, blanquecinas espirales escapadas de las chimeneas que coronan con su imprevisto penacho, las austeras moles de granito. Abajo, en el fondo del pasadizo, se agita una muchedumbre siempre de prisa, y de vez en cuando, interrumpe la apurada marcha de los transeuntes un veloz automóvil, a cuyos ocupantes sonríe benévolamente el agente policial que vigila el tráfico.

Los edificios son grises, corrientes. A la derecha, una cuadrada masa ocupando una manzana de terreno, remeda malamente la espiritual gracia de un templo griego. A intérvalos, penden de las astas dispuestas para enarbolar los pabellones a la llegada de algún ilustre visitante, algunas olvidadas banderas que en vano parecen ansiar un soplo de aire fresco. Llevados por el automatismo que se apodera del paseante al ver la artificial actividad de la muchedumbre cosmopolita, apuramos el paso, como en busca de algo importante. A mediodía, miles de parianchinas dactilógra-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

fan ponen una nota de color sobre el gris de las murallas y durante breves minutos, suele el sol penetrar al fondo del abismo, para hacer surgir por su presencia durante las largas horas de la tarde.

Estamos en Wall Street. El remedo de templo griego, es el National City Bank. Wall Street, capital del mundo, cuyo nombre resuena en el universo entero con metálicas sonoridades, que levantan odios, envidias y ambiciones. El sólo nombre de Wall Street, lógica de norte a sur, de oriente a occidente, el poder del dinero, el soborno, la falta de escrúpulo en llegar a un fin.

Wall Street ha sido la bandera de combate a cuya llamada han acudido patriotas y explotadores en turno, creando un formidable fantasma cuya supervivencia a duras penas puede comprenderse, en esta era de realidades en que la natural tendencia del hombre civilizando es analizar y cerciorarse por sí mismo de los hechos, en vez de aceptar dogmas. ¿Existe acaso en realidad Wall Street, el antro formidable donde en la fantasía popular, un pequeño grupo de banqueros sin conciencia dispone a su antojo de los destinos de la Humanidad, pasando sobre los dictados de todo lo noble y le grande para saciar su sed de oro?

Penetremos discretamente en una de los supuestos antros de Wall Street. Veremos, después de subir rápidamente en un cómodo ascensor, un pitiaco de luces eléctricas, iluminando alguna lujosa antesala donde una gruesa alfombra ahoga el paso del visitante. La sala de espera del Ogro es espaciosa e invita al reposo. Sin duda, pensamos, ha de ser premeditado, para alejar las sospechas. Si tenemos la suerte de ser recibidos, después de pasar nuestra tarjeta, nos encontramos sin más formalidad ante un hombre, por lo general cuidadosamente afeitado, escrupulosamente vestido, y en cuyo ojal, probablemente lucirá un botón de rosa su alegría. La mirada penetrante y la boca afable no denotan la tradicional figura del usurero. Da la mano cordialmente y no se amontona sobre su mesa de trabajo la pila de documentos o de cartas que corrientemente se supone.

Da la impresión de disponer de todo el tiempo necesario para extendernos una cordial bienvenida, y en vano buscamos un reloj. La leyenda de que los minutos son oro en polvo, recibe un rudo golpe. Casi nos resistimos a creer que estemos en Wall Street. Se charla de teatros, de viajes, de los últimos sucesos políticos. A una leve presión del dedo, sobre uno de los timbres colocados al alcance de la mano, entreabre una linda dactilógrafa una puerta de vidrio, trayendo un pedacito de papel, sobre el cual el Ogro estampa su firma sin abandonar su sonrisa.

Sobre la nitidez de la mesa de caoba se yergue un marco sencillo encuadrando una fotografía de mujer, acompañada de dos hermosos niños. La familia del Ogro, le sonríe constantemente, sin duda para hacerle apacible la digestión después de haber devorado vidas a montón. Pero la leyenda no concuerda con la realidad. Dudamos al fin de que Wall Street sea lo que se cree en el mundo entero. ¿Será en suma, un símbolo, un nombre dado a una nueva etapa de la organización social, o una caverna de Alí Babá centuplicada?

Del Japón al Uruguay, y de México a la India, se deja sentir la influencia de Wall Street. Incontables evoluciones políticas, en todos los países del orbe, se han atribuido por el vulgo a la oculta mano de la formidable organización imaginaria. Muchos espíritus ingénuos han llegado a atribuirle un poderío sobrenatural, que alcanzaría hasta regir las variaciones atmosféricas o las alternativas de la suerte en la lotería.

La realidad, quizás disguste a quienes buscan siempre en ajenas influencias la causa de los propios fracasos, Wall Street no existe. No existe conspiración alguna, ni organización deliberadamente formada para arruinar al mundo entero enriqueciéndose de la miseria universal. Y el Ogro formidable que sin escrúpulos proporciona dinero para cambios de gobiernos, y ahogaba con férrea mano todo rebelde obrera, debe catalogarse ya en la región de lo intangible, con el Minotauro de Creta, y la Serpiente de Mar que cantó Homero.

Los dirigentes de las altas finanzas mundiales no tienen en realidad patria alguna. Así como alguien afirmara que el dinero carece de olor, para simbolizar como su posesión hace olvidar su origen, así el capital es universal. Tal como se teme a Wall Street, se debería ver con recelo a Bond Street, de Londres, o a Friedrichstrasse de Berlín.

El Ogro, despojado de su aureola, es un hombre colocado en tal postura por miles de sus semejantes, para proteger sus ahorros. El banquero que suscribe empréstitos, y anticipa dinero para obras de provecho, no maneja fondos propios. Es el simple intermediario e instrumento de una vasta muchedumbre, compuesta por pequeños capitalistas, burgueses, simples obreros, y especuladores, que tratan de obtener un interés satisfactorio por sus economías, a fin de guzar de más ocio o comodidades de las que han tenido antes.

El mecanismo del capital moderno es en realidad muy sencillo. Tomemos un caso imaginario. El gobierno X, o el estado Z, desean obtener fondos para construir carreteras. Su representante entra en negociaciones con el Ogro, u Ogros, y estos, convienen en buscar clientes que compren los valores emitidos. Por su trabajo, como es natural, cobran una comisión. Además, para hacer la oferta atrayente, el gobierno u estado prestamista promete reembolsar la suma prestada con una ligera ganancia, y a cumplir fielmente con el pago de los intereses estipulados.

Pero los clientes del Ogro, no pueden estar todos al tanto de la marcha de sus inversiones, ni actuar individualmente para ver que la entidad deudora cumpla sus compromisos, y al efecto, el Ogro sirve de intermediario entre ellos y el deudor, para que las obligaciones contraídas sean fielmente ejecutadas.

Ese es en suma el papel del banquero, sea este un individuo, una entidad bancaria o una sociedad anónima. Las estadísticas revelan que ninguna firma guarda en su poder más del 2% del total de valores emitidos y suscritos por el público.

Al faltar en sus compromisos el deudor, el banquero, actuando como representante de mil deudores interviene en el asunto, concentrando sobre su cabeza los odios universales. De la ignorancia del mecanismo capitalista, se propagan mil versiones de la falta de honradez de quien no hace más que ejecutar la misión que se ha confiado.

Lo curioso es que el temor a Wall Street no es sólo propiedad de quien viviendo lejos, tienen hasta cierto punto una excusa para su ignorancia, sino que el pueblo de Estados Unidos sacrifica en los altares de la deidad atribuyéndole idéntico poderío al que le cree el perno, o el chino.

Allí, empero, Wall Street adopta una nueva fase. Su carácter, en vez de dominador político, como se le tiene en la América Española, es el de Mercurio, dios de la fortuna. Ayudado por la prosperidad material de los últimos años, el pueblo norteamericano se ha vuelto en efecto jugador empedernido, construyéndose fortunas fabulosas en las especulaciones bursátiles.

El juego de la Bolsa se practica hoy de cien maneras, no sólo en las grandes ciudades, sino en los caseríos más lejanos. Las cotizaciones de valores y acciones toman la precedencia sobre cualquiera otra noticia, incluyendo los deportes. Obreros, mendigos, habrieros y grandes señores juegan al alza y a la baja, y como el juego es en su mayoría a crédito, cualquier fluctuación provoca ruina que dan en tierra con las fortunas al parecer más sólidas.

Para jugar a la bolsa, es en realidad preciso muy poco dinero en efectivo. Tomemos por ejemplo el caso típico de una persona que desearía especular con cien acciones cuyo precio corriente fuera de $10,000 en total. Se presenta donde un comisionista, al cual entrega $2,000. El comisionista compra entonces las acciones, y gravándolas en un banco, obtendrá por regla general 60% de su valor, o sean $6,000. Para completar la operación adelantará él mismo al cliente $2,000 más.

El comisionista cobra interés y comisión al cliente, sobre las sumas obtenidas por su medio, o sea, en ese caso, $8,000. Si el valor de las acciones baja de $8,000, el cliente debe depositar más dinero efectivo, o exponerse a que el comisionista liquide su cuenta, venda las acciones y se reembolse por su anticipo. Si suben las acciones, al efectuarse la venta, el comisionista entrega al cliente la suma invertida, más las ganancias, deduciendo los anticipos.

Este mecanismo requiere abundancia de fondos disponibles, habiéndose creado un nuevo término bancario: el préstamo a la vista. El préstamo a la vista significa que el prestamista puede exigir al deudor en cualquier momento la devolución de su dinero. El tipo de interés fluctúa según el estado de la Bolsa, habiendo llegado a alcanzar hasta 20%.

Ayudados por tales facilidades, y viendo constantemente los relatos de las fortunas adquiridas en pocas horas, millones de seres se entregan al juego de la Bolsa con la misma ciega fé con que cortejan la fortuna los que fían sus haberes a la Lotería o a las carreras de caballos. Para quienes pierden sus ahorros en pocas horas, el nombre de Wall Street es una maldición. Llega a adquirir personalidad marcada. Ya no se le llama Wall Street sino simplemente The Street La Calle. Por autonomasia.

La realidad es pues bastante prosáica. Wall Street ha muerto, como deben morir todos los fantasmas cuando llegado a la edad viril, desafía al hombre las sombras que temió de niño, aunque algunos espíritus escépticos afirman para justificar ciertos hechos, que "al Wall Street no existiera tendría que inventarse."

Máximas Mínimas

Copas y labios son rocas en que naufragan los marinos más experimentados.
Rueckert.

•

¿Qué es lo que merece menos fe, lo que promete un hombre o lo que cuenta una mujer?

•

Aún no se ha dilucidado este misterio: si el genio está en las ideas de César o en los besos de Cleopatra.

•

Una mujer que nunca ha sido besada es una analfabeta de la vida y del amor.

•

El secreto de la vida reside en que no tengamos que conquistar a la suerte, sino en que la hallemos en nuestro camino.

•

La única diferencia existente entre un capricho y una pasión eterna es que el capricho . . . dura más tiempo.
Pitigrilli.

•

Si vas a la guerra, reza una vez: si vas al mar, dos; si vas a casarte . . . tres.
Proverbio Ruso.

•

Si la naturaleza hiciese a las mujeres tal como ellas se arreglan, estarían inconsolables.
La Bruyere.

•

La gente perdona más pronto una mentira que una verdad.
Sling.

•

Desde los tiempos de Adán los tontos siempre son mayoría.
Casimiro Delaspierre.

•

Hay gente que a primera vista parece tonta y cuando se la conoce mejor resulta que es . . . tonta de verdad.
J. J. Heine.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

EL PRESTAMISTA

por JUAN RAY

En el fondo de grasosas telas, por donde pasaban dos flacas piernas, se adivinaba al monstruo de las múltiples miradas de llamas rojas. Una débil luz danzaba en el aire dorado de la tarde, las siniestras telas ondeaban, las piernas se estiraban, misteriosas, como sintiendo el ambiente de la muerte.

La tienda de Josuah Gullick era larga y estrecha, y la mariposa de gas no alcanzaba a proyectar su luz hasta el fondo lleno de tinieblas y de moho.

Aquel bello insecto de fuego, a pesar de su esencia divina—¿no estaba hecho de luz y de calor?—no era menos que una mariposa, y se retorcía en su angustia infinita de sentirse cautivo en el extremo de su tubo de cobre, en aquel antro de araña. Porque Josuah Gullick era, una insaciable araña de agudas garras y apetito fabuloso, pero que, no conforme con engullir dijitos incandescentes, devoraba corazones, lágrimas y sangre.

Por la tarde, los hombres salían muy pálidos de su tienda, después de haber firmado compromisos que al vencer el plazo pagarían con unos gramos de plomo en la sien y con la eterna miseria de sus esposas e hijos.

Durante todo el día, multitud de mujeres iban a dejar capas y abrigos sobre el mostrador, murmurando:

—Usted ve, señor Gullick, que está casi nuevo; bien puede darme una libra...

Invariablemente, Josuah Gullick respondía:

—Seis chelines.

Entonces las pobres mujeres prorrumpían en sollozos y contaban conmovedoras historias de maridos sin trabajo y de hijitos enfermos. Pero Josuah Gullick respondía, invariablemente:

—Dos chelines, o puede usted llevarse su abrigo apolillado.

La mayoría de las veces era verdad que el marido erraba por las muelas de Gravesend sin encontrar dónde ganar lo necesario para pagar el pan de su familia, o que un pobre niño tosía y gemía en un cuartucho de Battersea o de Whitechapel.

En ese caso las mujeres tomaban los dos chelines y se despedían, con estas palabras pocas veces variadas:

—¡Que Dios le castigue!

O bien:

—¡Dios le maldecirá!

—¡Dios lo ve todo, infame usurero!

Pero Josuah Gullick colocaba una etiqueta en los vestidos, y se reía de Dios.

*

El hombre que estaba aquella tarde ante Josuah Gullick acababa de enjugarse una lágrima que, de pronto, había corrido hacia un extremo de su boca.

—Ella moriría esta tarde, y yo hubiera querido ponerle al cuello esta cadenita con la crucecita de oro — nuestra madre ha partido así, nuestra abuela también; — esto sería un gran consuelo...

Y agregó, en voz más baja, con un estremecimiento:

—Cuando haya muerto, se la devolveré.

Josuah Gullick respondió cortésmente:

—Perfectamente, señor; esta adhesión a las tradiciones de su familia le honra. Su hermana había empeñado esta alhaja por catorce chelines; los que hacen, con los intereses, dieciséis libras y cuatro chelines.

—Pero—dijo el hombre—es que yo no tengo ni un penique; por lo menos en este momento...

—Créame, señor—replicó el prestamista, con la misma urbanidad,—que lo siento mucho, sobre todo porque conocía a su digna hermana, la profesora de piano, una digna joven, en verdad pero, en cuestión de negocios bien sabe usted...

—Escuche, señor Gullick: yo he venido de México; la fortuna me sonreía, pero un brusco cambio de golpe me, por el cual subió al poder un dictador que me era hostil, me arruinó en una hora. Vine aquí enfermo sin un centavo, repatriado como el último de los miserables, y encontré a mi hermana, a mi pequeña Edith, moribunda. Soy de los que saben conquistar nuevamente una fortuna...

Josuah Gullick levantó sus brazos al cielo, ese cielo tan pobremente representado por un techo verde de donde pendían, en caprichoso desorden gabanas, levitas, capas y prendas de vestir de todas clases.

—Soy ya viejo, señor, y no deseo librar pagarés al porvenir...

—Pero vivirá usted lo bastante para que yo pueda devolverle la joya y los cheques que me pide.

Pero el usurero sacudió enérgicamente la cabeza:

—Acabo de decirle la suma, señor: seis libras y cuatro chelines; mi tiempo es precioso.

El hombre empezó a quitarse lentamente su raído gabán; pero Josuah Gullick lo detuvo con un gesto:

—Lo más que podría prestarle por lo que serían cuatro chelines; por lo tanto, faltarían...

Pero no acabó la frase. Su mirada acababa de posarse sobre una mano del cliente y de descubrir el fulgor destello de una gema.

Una sonrisa infantil iluminó su semblante:

—Yo no soy malo, y me complacería prestarle un servicio. Tiene usted en su mano derecha una joya, ¡oh, ya veo que es falsa, archifalsa, y que no tiene ningún valor!, pero, o se tiene buen corazón o no... Quiero ser bueno; hagamos un cambio: usted me da el anillo, y yo le doy la cadena y la crucecita de oro...

Había obscurecido; la llamita de gas no llegaba a iluminar el rostro súbitamente transformado del visitante; por otra parte, Josuah Gullick no lo miraba; no tenía ojos más que para la sortija: una fina serpiente de metal obscuro sosteniendo una piedra de curiosos reflejos rojizos.

—Josuah Gullick—dijo lentamente el hombre,—¿dice usted que esta anillo no tiene ningún valor?

—¡Pongo a Dios por testigo!—exclamó el prestamista.

—¿Lo dice usted ante Dios?—preguntó el hombre recalcando las sílabas, en un tono en el que otro cualquiera hubiese discernido todos los terrores y todas las amenazas.

—¡Ciertamente!—respondió Gullick con convicción.

¡Ciertamente!—repitió el usurero.

—Tome—dijo el hombre.

Gullick no hubiera podido decir cómo sucedió aquello, pero el anillo pareció deslizarse de manos del visitante y ajustarse a su anular derecho antes de que él se percibiera de ello. Pero esto no le preocupó, satisfecho como estaba por el magnífico negocio que acababa de realizar.

Lentamente, el hombre se dirigió hacia la puerta, haciendo saltar en su mano la crucecita recientemente conquistada; pero, antes de llegar a la salida, se dió vuelta:

—Gullick—dijo,—yo lamento...

—Hemos concluído el negocio—interrumpióle el usurero.

—¡Oh!—respondió el otro,—no se trata de eso. Es que creo que debo prevenirle.

Una vez el prestamista notó el semblante alterado de su cliente, sus ojos brillantes, por un destello salvaje; y se acercó hacia el cajón del escritorio donde guardaba un Colt cargado con siete balas.

—Es una joya inca, y pueden distinguirse perfectamente sobre el cuerpo de la serpiente extraños signos que significan que aquel que la haya adquirido deshonestamente...

—Señor—dijo bruscamente el prestamista,—detesto las insinuaciones.

—Fué allí, en las florestas vírgenes, en el horizonte dormido bajo la luna, donde vi aparecer al viajero. Era un indio, y estaba atacado por las malas fiebres. Yo tenía un poco de quinina, bien poco, pero...

—Señor—le interrumpió Gullick que deseaba quedarse solo, para mejor contemplar su adquisición—nunca me han divertido mi interesado los relatos de aventuras. Buenas tardes.

—Una advertencia, tan sólo...

—Buenas tardes.

—Escuche...

—Buenas tardes.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, entonces—respondió el hombre.

Y rápidamente se perdió en la bruma calle.

Josuah Gullick cerró los tableros de su tienda.

*

¡Vamos!—dijo—es curioso: no puedo quitármela del dedo. Acababa de examinar atentamente la piedra, sin poder catalogarla, a pesar de su verdadera ciencia de lapidario; y, al querer quitársela para guardarla en su caja-fuerte, hizo una singular constatación.

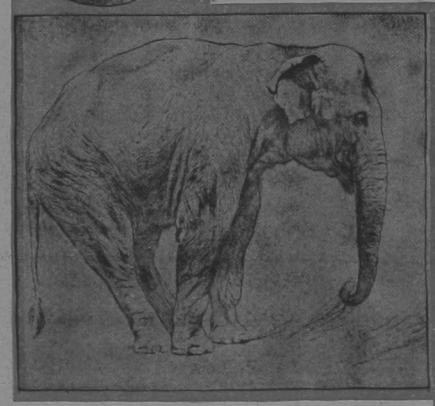
—Mi dedo se ha hinchado un poco—dijo luego.

(Continúa en la página 7)

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

HAZAÑAS DE

por Ricardo



Un veterano del circo.

Entre ba
(Cuadro de la

CUANDO las alegres fanfarrias, anunciando la llegada del circo, sacan de su natural indolencia a los habitantes de cualquier población de regular tamaño, la pregunta que surge espontánea, en los labios de todos los chicos, es ¿trae elefantes?

Hay en efecto una misteriosa conexión sentimental entre la idea del circo, y los negros paquidermos cuyas grotescas figuras traen a la memoria las criaturas que poblaron el planeta en los albores de la vida animal. Los elefantes son algo como seres transplantados de otra edad. Creemos ver en ellos inteligencias casi humanas, combinadas con vastas fuerzas físicas, y prestándose a la domesticidad mejor que otros grandes cuadrúpedos, hemos llegado a dar por sentado que su presencia, al parecer inofensiva, es indispensable al espectáculo del circo.

El elefante de circo no es sin embargo tan pacífico como se cree. Rompe con frecuencia las cadenas, dedicándose a vagar a su antojo por calles y plazas, y más de una apacible villa se ha visto invitada a presenciar cazas de elefantes en toda regla, que han terminado con frecuencia en sangrientas tragedias.

Según opina la directiva de la célebre casa de fieras Hagenbeck, de Hamburgo, hay más de trescientos elefantes en circos diversos, y raro es el año que por lo menos la mitad de ellos no escape de la vigilancia de sus domadores.

Los felinos, por ejemplo, dejan entrever sus deseos a sus vigilantes, y cualquiera puede seguir la evolución mental de los caballos y de los perros, pero los elefantes poseen la particularidad de las decisiones imprevistas, y de ejecutar las evoluciones más inesperadas en un brevísimo lapso de tiempo.

Cierta noche, durante una función del afamado circo Floto, en la ciudad de Kansas, Estados Unidos, un elefante cuya tarea consistía en descender una ancha espiral, llevando colgada de una de sus orejas a su graciosa domadora, enloqueció de repente. La fiera destrozó cuanto llegó a su alcance, sembrando el pánico entre los espectadores, antes de que una certera bala explosiva pusiera fin a sus belicas fantasías. La domadora, empero, escapó sin daño alguno.

En otra ocasión, cuando el circo Humbert visitaba una pequeña ciudad del norte de Italia, el principal elefante del circo, llamado Graziela, cometió la imprudencia de escapar, después de abrir un enorme boquete en la lona del recinto donde se hallaba tranquilamente esperando su turno de salir a la pista.

El director del circo reclutó a los mejores tiradores de la comarca, quienes salieron en persecución del animal, comentando su suerte en poder tomar parte en una caza de elefantes sin salir de sus nativos lares. Mientras los cazadores se preparaban para la batida, Graziela siguió cometiendo destrozos, derribando cabañas, rompiendo cercados y arrasando sementeras. Ya avanzada la noche, un tiro del guarda bosque puso fin a sus correrías, y el propietario del circo se vió obligado a pagar costosas indemnizaciones para acallar las quejas de los aldeanos.

Opinan los domadores, que debe desconfiarse siempre de todo elefante, por manso que parezca. Me contaron el episodio acontecido a un joven elefante en Winnipeg, Canadá, y que parece corroborar tal idea. El animal se había distinguido desde pequeño por la rapidez con que obedecía a la voz de su domador, y la suavidad de su carácter. Se le había llegado a tratar casi como a un perro, y después de las funciones, los niños solían divertirse con él, subiéndose a sus lomos, sin que pareciera ofenderse por ello.

Una tarde, terminada su tarea, le suplicó una de las espectadoras al domador, que le permitiera tomar una fotografía de Charley, que tal era el nombre del elefante, y tratando de complacerla, el joven llevó a su pupilo cogido simplemente de una oreja, al patio formado por unas lonas provisionales. Tras el frágil muro, unas bailarinas terminaban su tocado. Unos equilibristas japoneses repasaban sus difíciles suertes, mientras los payasos repetían sus chistes. Nada indicaba una alteración de la normalidad.

Se colocó Charley en el sitio indicado, alzando la trompa con marcada obediencia, pero justo cuando la fotógrafa le indicó quedarse quieto un instante, sonó un trompetazo de la vecina carpa. El llamado era de otro elefante, compañero de Char-

El desfile

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ELEFANTES

cardo Moreira

Bosquejo de Guillermo Kuhnert.

ratadores.
Isabel Prieto)

ley. Este saltó como movido por un resorte eclipsándose instantáneamente todos los concurrentes. Charley se metió de cabeza en la vasta tienda de campaña, desgarrándola sin dificultad, pero el domador no soltó presa, reapareciendo cien metros más allá, sudoroso y respirando con dificultad, aunque contento de haber podido dominar las veleidades vagabundas del paquiderm.

Charley contaba a la sazón sólo dos años de edad, y era relativamente fácil dominarlo, pero estaba escrito que había de tener una carrera agitada. Tres años después, fué el protagonista de una aventura que todavía se comenta entre la gente de circo, como un ejemplo de las dificultades con que puede tropezar un empresario, cuando tiene la desgracia de que sus pupilos sean demasiado vagabundos.

El circo de que formaba parte Charley llegó a Edmonton, en la provincia de Alberta, Canadá, cierto domingo del mes de Agosto, tras un viaje de quinientos kilómetros, trascurrido sin novedad. El personal dormía tranquilamente la siesta, mientras las fieras comenzaban a denotar cierto malestar, debido a la altura, pues Edmonton se encuentra a mil metros sobre el nivel del mar.

La intranquilidad de los elefantes aumentó de punto, y apenas desembarcados de los carros de carga donde habían hecho el viaje, los catorce elefantes, entre los cuales se contaba Charley, resolvieron al parecer hacer una de las suyas. El ruido de un carruaje que pasaba por la calle fué la señal de alarma. A una voz, como obedeciendo a un mandato invisible, los catorce elefantes rompieron sus cadenas, y se lanzaron a trote largo por las calles de la ciudad.

Sorprendidos ante el inesperado desfile, los peatones corrieron por todas partes en busca de protección. Las tiendas cerraron precipitadamente sus puertas, pero olvidando al parecer toda moderación, los animales pasaban al trote, frotándose contra las vitrinas que volaban hechas pedazos, arrancando lámparas eléctricas, y oponiéndose al paso de los vehículos.

Seguidos por el empresario y sus asistentes, armados de rifles y de cables, los elefantes salieron al fin de Edmonton, hallando refugio en un campo cercano donde parecieron querer descansar de su aventura. Su captura, sin derramamiento de sangre se debió a la sagacidad de uno de los ayudantes, que sin participar de la general confusión, se fué en línea recta a una panadería, proveyéndose de panes de todas clases.

Cuando los elefantes parecieron calmados, se acercó a ofrecérselos, dejándose capturar sin dificultad, pero los daños y perjuicios causados por los animales le costaron una fortuna al empresario. Este tomó precauciones para que no se repitiera la excursión, pero la mala suerte pareció perseguirlo, pues pocos días más tarde, en Cranbrook, siete de los paquidermos huyeron a la desbandada al oir a un faldero latirles con furor.

Hubo que organizar una batida en regla en los bosques de los adrededores. Durante el primer día de su fuga, anduvieron los elefantes sesenta kilómetros, deteniéndose en su marcha solamente al encontrar un fuego de montaña que les cortó el paso. Se perdieron de vista durante varias horas, hasta que una anciana india los divisó, dando la voz de alarma.

El pobre empresario acudió al ser notificado, remunerando con largueza a la indígena, y alentados por el hecho otros nativos se dedicaron a seguir las huellas de los faltantes. La caza amenazó prolongarse. Se acudió a los medios más modernos, contratándose un aeroplano para que ayudara a divisar a los cuatro elefantes en las montañas, pero la arboleda impidió verlos. Uno por uno, al fin, fueron hallados y lazados con diversas peripecias. El último en volver al redil fué Charley, que permaneció cuatro semanas en libertad. Su ingreso a la civilización fué celebrado con pompa por los habitantes de Cranbrook que salieron a su encuentro ofreciéndole toda clase de golosinas.

Quizás en la memoria de los paquidermos sobrevive el recuerdo de los días en que vagaban en numerosas bandas por los bosques africanos, y aprovechan una oportunidad para escapar del insoportable contacto humano y sus vulgaridades. En la primavera, especialmente, se vuelven irritables, y cualquier ruido los exalta indecliblemente. Por eso al ver desfilar a los elefantes, al compás de las bandas y los aplausos, semejan los grandes animales unos tristes sobrevivientes de glorias pasadas, que sirvieran hoy para diversión de los pigmeos hombres.

del circo.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional de Chile, disponible para consulta en Memoria Chilena, Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

MOÑOS Y ADORNOS

Por Liane de Reta

La muselina estampada es uno de los tejidos preferidos por los costureros parisienses. Chantal presenta este delicado modelo, en una combinación de azul, negro y blanco.

Al centro vemos un traje por Maggy Rouff de crespón de la China rosado y negro. El amplio moño colgando del escote, armoniza con el vuelo de la falda. En la parte superior se esboza un modelo de Hartnell, de tul negro sobre fondo rosado.

LA tendencia se inclina hacia la abundancia de joyería, bien sea del momento se presta a juegos de atrayentes resultados. Abundan los broches redondos que permiten entrelazar las extremidades de la cintura. También hay moños de diamantes, e imitaciones destinados a colocarse en diversos sitios, según la fantasía de su dueña.

Dos de los modelos esbozados en esta página demuestran las imprevistas maneras con que se llevan hoy los adornos de joyería. En el modelo azul, negro y blanco, de Chantal, una media luna de diamantes fulge en la cintura. Este adorno no es forzosamente de piedras finas, pues las imitaciones casi no pueden distinguirse hoy día.

Quien posee un broche atrayente, puede llevarlo atinadamente completando un moño como el apuntado en la figura del centro. Los moños completados por broches son corrientes y la adición de estas pequeñeces a un traje, después de terminado no se recomienda mucho. Las joyas, o falsa o verdadera y el manifiesto deseo de emplear efectos vistosos en el adorno personal, hace que gocen de singular favor la pedrería y los abalorios. En vez de usarse solamente como prendas adaptables a cualquier traje, el caso es que el traje en sí, tiene hoy pedrería adecuada y muy individual.

La cintura ha vuelto a su antigua popularidad, y se usa tanto en trajes de calle como en los de soirée. Junto con la cintura, han ocupado lugar sobresaliente los moños, broches y adornos efectistas, que permiten hacer resaltar el fulgor de las piedras preciosas sobre la seducción de las telas.

La popularidad de los moños ha permitido idear nuevas combinaciones y su adaptación a las exigencias

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

(Continuación de la página 3)

Ocupóse entonces de su cotidiano ...hacer, que consistía en poner en ...a cartera especial los pagarés que ...ncían al día siguiente.

"El primero de diciembre próximo ...garé a la orden del señor Josuah ...llick la cantidad de cuarenta li... ..."

—¡Cómo! ¡Me he vuelto loco!

Era el mismo Gullick quien había ...ferido este grito. . . al ver una alta ...a consumir el pagaré que con sus ...las manos acababa de arrojar a ...himenea.

...l, que acababa de arrojar él mis...

—¡Estoy loco!—exclamó. —¡Sí, lo... He arrojado al fuego un pagaré...

—¡Oh! . . . ¡Oh! . . . ¡Oh! . .

Fué una serie de agudos gritos. ...on mano segura, acababa de arro... la cartera a las llamas!

Pero ya se inclinaba él hacia la ...imenea.

¡Horror!

En el momento en que pretendía ...nar los papeles que aun no habían ...o quemados, su mano se retiró, se ...ndió en la caja-fuerte, y un nuevo ...o de papeles cayó en las llamas.

—¡Loco! ¡Me he vuelto loco!—ru... —¡Yo no he podido hacer esto!

—Pero, febrilmente, su mano revolvía ...s cajones del escritorio y arrojaba ...peles en la chimenea. Gullick creyó ...mprender.

—¡El anillo!

¡Oh, éste le apretaba, se incrustaba ...su carne, se ocultaba ya bajo unos ...etes violáceos.

—¡No!—gritó. ¡No quiero! . . .

Se puso de rodillas, implorando a ...propia mano que, en el extremo de ...l brazo, se agitaba con desordenados ...ovimientos, abriendo libros de cuen...s, arrancando hojas, abriendo cerra...uras, tomando paquetes de pagarés ...arrojándolos al fuego.

Entonces se vió acometido por una ...orda ira; acababa de ver en un rin...ón una hacha de cortar leña.

—Te cortaré en seguida, te cortaré

Con su mano izquierda elevó el ar...a, pero la otra mano se esquivó ...ás tarde, después de un rápido tan...o, se apoderó de una pluma.

"Yo, el abajo firmado, declaro a to...os mis deudores libres de sus deudas; ...evuelvo los objetos empeñados a sus ...ropietarios y lego todos mis bienes ...estantes a los pobres de Londres; y ...ue a nadie se acuse de mi muerte."

Josuah Gullick."

¡Cómo! ¿Era él quien había es...rito eso?

Sintió que no tenía fuerzas para ...vencer al enemigo, que debía proceder ...con astucia. . .

—¡Ya está!

¡Su mano izquierda, fiel, había en...ado el descabellado papel al fuego!

La diestra permaneció un instante ...urdida.

De pronto, animada de un furor dia...bólico, la mano ensortijada aferró a ...su compañera.

Hubo una lucha grotesca, insensata

Gullick trataba en vano de poner su mano derecha detrás de su espalda en sus bolsillos, bajo los muebles; pero ella triunfaba siempre, arañando destrozando, desgarrando la espalda del infeliz.

De pronto, sintió un terrible dolor un sordo crujido se propagó a través de su cuerpo. Desdichadamente, la mano izquierda pendía herida, inerte

Y, cuidadosamente, la mano derecha se puso a escribir el testamento de Josuah Gullick.

Luego, lenta, metódicamente, abrió ...l cajón del escritorio y se apoderó del revólver. Josuah Gullick no tuvo el menor gesto de rebelión; sus ojos vidriosos y enloquecidos reflejaron la luz amarillenta del gas, como los de un muerto. Y el cañon del arma subió hasta su sien.

La leyenda del Hoggar, la misteriosa y rebelde patria de Antinea

ANTINEA, la diosa-reina del Hoggar, celebrada por Pierre Benoit y por Ridder Hagard ha dado pábulo a las leyendas que ya existían al respecto de éste que ha sido llamado el país del terror y del miedo. Pues es así cómo se ha designado hasta la época de la conquista al Hoggar, país realmente misterioso del que por primera vez, en 1861, se nos habla en la obra de Duveyrier "Los tuareg del Norte" y ahora acaba de describir minuciosamente el doctor Juan Stefanini, médico del estado mayor francés, en las páginas de "En el país de Antinea".

De los habitantes de esta porción del suelo africano, pueblo de rostro velado, no sabíamos casi nada. El célebre explorador que viviera entre los tuareg de Azgheur, por razones de seguridad, no había podido estudiar, como entre éstos, las características de los del Hoggar. Debió sólo limitarse a recoger los datos que le dieron los primeros y que eran enemigos de los habitantes de la misteriosa región y fué así como nos los presentó "valientes, pero feroces y crueles, y teniendo en las montañas del corazón de su país un refugio inaccesible."

Esta reputación de crueldad parece confirmada por el horrible drama de Bir-El-Gherma, en febrero de 1881. La masacre del desventurado Flatters y de la mayoría de los miembros de su misión no fué negada. La base de operaciones francesa estaba demasiado alejada, y el país y sus habitantes casi desconocidos, no ofrecían suficientes garantías. Se rehusó a Mohamed-ben-Belkacem, califa del Akha de Uargla, la autorización para marchar con su "gum"; y de toda esta triste aventura, no quedó sino el proyecto de conquistar el oasis de Tuat al que los habitantes de Hoggar ocudían para hacer sus provisiones.

Desde entonces, salvo algunas acometidas contra sus enemigos seculares, los hombres del Hoggar permanecieron tranquilos, indiferentes a las tentativas de penetración pacífica de las tropas europeas.

Después de 1889, los franceses fueron dueños del Tidikelt, pero no se atrevieron a aventurarse al Hoggar. Sus habitantes continuaban siéndoles desconocidos y corrían, a este respecto, leyendas terribles. Durante dos años se les estudió desde lejos, intentándose atraerles, ya por la parte de los oasis sahareños, de los que los del Hoggar parecían haber desertado, ya por el lado del Sudán, donde tenían sus cuarteles de invierno. Todo esto dió pábulo a las leyendas y acicateó las imaginaciones. Uno de los documentos más originales a este respecto lo constituye la memoria de un jefe francés, verdadera novela fantástica en la que los tuareg poco falta para que aparezcan como los hombres más astutos, vigorosos y temibles de toda el Africa.

Un suceso, empero, vino a cambiar las cosas: la "razzia" de que fué víctima uno de los mejores auxiliares de Francia en Africa: Mohamed-ben-Messis Targui de la Confederación de los Azgheur y condenado a muerte por sus "hermanos", por haber descubierto y luego trasladado a Túnez los restos del marqués de Mores. Ben-Messis había acudido a In-Salah para ponerse bajo la protección francesa. Su hacienda, que se hallaba a escasa distancia del puesto francés, fué robada por los tuareg del Hoggar. Esto se habría arreglado si, no contentos con el robo, los bandidos no se hubieran empeñado en dar una lección a Fathma-bent-Messis que estaba en la hacienda. Para castigar la resistencia que, a la cabeza de sus esclavos, ella intentara oponerles, la azotaron desnuda y públicamente. Después la dejaron libre, no sin recomendarle que acudiera a quejarse a los franceses de quienes era protegida. Doblemente ofendida en su calidad de targuía, sobre la que los villanos habíanse atrevido a posar su mano, y esto en presencia de sus esclavos, Fathma acudió a In-Salah, rogándole al teniente coronel Laperrine que la vengara de la injuria recibida.

Las autoridades francesas ordenaron una batida, no sólo para vengar a la airada Fathma, sino para concluir de una vez con el fantástico prestigio del nombre del Hoggar. El teniente Cottenest tomó el mando de las fuerzas encargadas de perseguir a los tuareg, y en Tit, en el corazón mismo del país, libróles batalla en abril de 1902. Este combate, que no costó a Francia un solo hombre y en el cual murieron más de cien valientes tuareg, produjo tremenda impresión en el país.

Fué la brecha por donde penetraron los invasores europeos. El misterioso Hoggar, la tierra del terror y del misterio, fué recorrida en toda su extensión. En 1905, el reverendo padre de Foucauld, antiguo oficial de caballería y camarada del general Laperrine, se instaló definitivamente en Tamanrasset; y se creó en Taranaut, en el corazón mismo del Hoggar, el puesto de Fuerte Motylinski — 1908-1910, — donde un puñado de soldados indígenas y algunos suboficiales representaron a Francia y a la civilización.

Con esto concluyó la leyenda de la tierra de Antinea, la reina que jamás envejecía y por la cual, a decir de Pierre Benoit, cayeron muertos y enamorados no escasos oficiales europeos, encandilados por la aventura y seducidos por el placer de lo desconocido.

TOS

es un síntoma de irritación bronquial o pulmonar. Descuidarla es invitar peligrosas afecciones y aún tuberculosis.

Sea prudente. A las primeras indicaciones de tos, catarros o congestión, tome sin demora la

EMULSIÓN de SCOTT

¿Es su barba rebelde y recia?

La Crema Hinds aplicada antes de enjabonarse obra maravillas al reblandecer la barba.

Basta darse un ligero masaje con Crema Hinds y enjabonarse cuando la cara todavía está húmeda.

Poniéndose otro poco al terminar la afeitada, le quita el brillo al cutis y lo deja suave y terso.

¡Pruébela! Dondequiera que vendan artículos de tocador tienen la Crema Hinds en dos tamaños. El mayor resulta mucho más económico.

PONGASE UN POCO DE

CREMA HINDS

ANTES DE ENJABONARSE Y AL TERMINAR LA AFEITADA

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

EL BUEN HUMOR DE LOS DEMAS

El cliente pequeño.—Un vaso de agua, esto es todo.
El mozo.—¿Quiere que le traiga también un traje de baño, señor?

CORREDOR CON MUESTRA

— ¿Dónde vas con esa piedra?
— Es una muestra de la casa que quiero vender...

La señora. — *Pide usted un sueldo muy elevado teniendo en cuenta la poca experiencia que dice tener.*
La solicitante. — *Pero señora, ¿no le parece usted que así el trabajo me resulta más difícil?*

El. — *Por ti soy capaz de todo...*
Ella. — *Pues, cásate conmigo.*
El. — *...de todo, menos de eso.*

—¿Tiene usted eczema?
—No lo sé. Voy a preguntarlo en la cocina.

—¡Qué familia más desgraciada! El hijo mayor está en un manicomio, el segundo es artista y éste... ¡Ya ve usted! ¡¡Se casa por amor!!

— Vean ustedes. Todo a la última moda: cama baja, sillas bajas, mesa baja.
— Sí; aquí lo único alto es la tarifa...

(De *Guerin Meschino*, Milán).

—No puede usted casarse con mi hija, porque su sueldo no alcanza ni para comprarle pañuelos.
—Pero, señor, no siempre va a estar resfriada.

— Una de las recetas es para la señora, y la otra, para la vaca.
— Perfectamente.
— ¡Sobre todo, no vaya usted a equivocarse en la de la vaca!

(De *Sidney Bulletin*, Sidney).

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.